

Divagaciones sobre la pandemia

Durante mi baño nocturno, el orden aleatorio del *YouTube* decide que tengo que escuchar la versión de “Humanidad” de Mike Laure. A mi abuelita le encantaba esa canción; a mi me fascina el coro: “¿Humanidad hasta dónde nos vas a llevar?” El oriundo de Jalisco nos regaló piezas musicales con ritmos tan contagiosos que serían la envidia del propio coronavirus. Ese “bicho” que hace que de tanto jabón, mis manos se encuentren más partidas y agrietadas que la frente del Perro Aguayo.

¿Desde dónde experimento el confinamiento a causa de la pandemia? Bueno, León, Guanajuato, es el territorio al que llegué a residir hace tres años. La ciudad que se autodenomina como la “Capital mundial del calzado” ahora está en una tensa emergencia sanitaria; el Barrio Arriba con su peculiar olor, ahora ve cerradas las curtidurías que transforman la piel en cuero; los engranajes y las máquinas de los talleres zapateros del Coecillo tomaron un respiro; los fines de semana en la calle Madero detuvieron su frenesí; los sábados con las caravanas verde esmeralda hacia el estadio tendrán que esperar; se extraña ir al Centro Histórico por una cebadina y una guacamaya.

En enero León se viste de fiesta. Por esas fechas, las noticias sobre el crecimiento de enfermos por coronavirus en China eran lejanas y ajenas. Aquí resultaba más importante ir a la Feria para treparse a los juegos mecánicos, acudir al Teatro del Pueblo y degustar manzanas caramelizadas, gorditas michoacanas, dorilokos, huaraches, choripanes y comprar para llevar a tu casa pan y cajeta de Celaya. Sin embargo, con el acontecer de los días, las noticias nos hablaban de la expansión geográfica de la enfermedad y sobre los estragos en diversos países de Asia y Europa. “Tarde o temprano llegará a nuestro país”, comentábamos en el trabajo.

Entre los primeros casos registrados oficialmente en México, están los asistentes a una convención durante el mes de febrero en Bérgamo, Italia, ciudad con 121

mil habitantes.¹ Después supimos que precisamente ese espacio geográfico sería uno de los más afectados en esta pandemia. Es un caso que llama mi atención. Los epidemiólogos de la región atribuyeron como una de las posibles causas del alto contagio, al partido de fútbol, celebrado el 19 de febrero de 2020, entre Atalanta y Valencia; puesto que el coso del primero -en Bérgamo-, estaba en remodelación, el partido se celebró en el estadio San Siro. La vecina Milán acogió a 40 mil bergamascos que se desplazaron para presenciar el cotejo, lo cual significó, de acuerdo con los múltiples portales de Internet “una bomba biológica”.

Los aficionados querían acompañar a su equipo, con la ilusión de presenciar lo que para ellos era un acontecimiento histórico para Bérgamo; deseaban ser parte de la alegría del representativo de su ciudad, puesto que el Atalanta es parte de su identidad bergamasca. Muchos asistentes eran asintomáticos y las tribunas se convirtieron en un foco de contagio. Un mes después del partido, vimos como los muertos ya no cabían en la pequeña urbe lombarda: una serie de vehículos militares se desplazaban en un desfile fúnebre hacia las ciudades vecinas para incinerar a las víctimas de la COVID-19. Cabe añadir que Milán también fue una de las ciudades más afectadas por coronavirus en Italia. Asimismo, Valencia, España, desde donde se desplazaron 3 mil aficionados para presenciar el partido, registró un considerable número de casos positivos.

No puedo dejar de pensar en esa historia que teje hilos entre el fútbol y la pandemia. Algo que sucedió a miles de kilómetros de León, Guanajuato, atrae mi atención. Este capítulo compite con otros por mi curiosidad: las historias de los múltiples divorcios en algunas ciudades chinas tras el confinamiento; las imágenes de la Guardia Civil custodiando las calles de Madrid; las tétricas fotografías de los cadáveres a la intemperie en Guayaquil, Ecuador; y los casos de intoxicación en Estados Unidos, tan solo unos días después de que Donald Trump sugiriera inyectarse desinfectantes para combatir al coronavirus.

¹ Bérgamo es la capital de la Provincia de Bérgamo, la cual cuenta con poco más de 1 millón de habitantes.

Mientras tanto, México ofreció evidencias del porqué para André Breton y Salvador Dalí era el lugar más surrealista del mundo. Hay episodios que resultan verdaderas joyas del humor involuntario gracias a la clase política de este país: desde gobernadores que se dirigieron a sus ciudadanos con leperadas, mostrándose más alterados que el “Piojo” Herrera reclamando una decisión arbitral; hasta la caracterización del colorido personaje de Susana Distancia, por parte de Gabriela Gamboa Sánchez, la alcaldesa de Metepec, Estado de México.

La sola mención de esa última entidad federativa, me trae a colación que por esos rumbos habita mi familia. Desde que inició el aislamiento -a mediados de marzo- hemos aumentado la frecuencia de nuestra comunicación. Le comento a mi madre que cuando subo al cuarto de lavado, la azotea se convierte en un espacio de conexión con el resto del mundo; la verdad exagero, digamos que con el resto de la manzana. Ella me dice que ocasionalmente sube a la azotea a tender su ropa y mi hermana a practicar gimnasia. ¡La azotea como espacio recreativo! Claro que sí. Recuerdo que en mi infancia creíamos que E.T. habitaba en la azotea de la unidad habitacional donde residían mis abuelos; donde yo vivía, solíamos usarla para jugar a la “gallinita ciega” entre las toallas húmedas de los vecinos; y en la adolescencia, a un costado de las antenas, era un sitio ideal para echar chela. ¿Será que con la pandemia estos espacios entre los alambres de las jaulas, sus peculiares lavaderos y cilindros de gas, cobraron un nuevo brío para la clase media, así como para los italianos los balcones o las terrazas de sus departamentos? ¡Uy, es una pregunta muy larga! Creo que estoy divagando, porque ante el confinamiento quisiera andar vagando.

Ustedes comprendan. Tengo que enfrentarme al reto de preparar actividades para mis estudiantes. La denominada “escuela virtual” es despersonalizada y desigual, a pesar de nuestros esfuerzos; pienso en la relevancia que tiene la escuela como espacio de socialización y la relación más cercana del profesor con los alumnos. Quizás la estoy idealizando mucho, opinarán algunos. La verdad, estoy muy satisfecho de los trabajos de los educandos; trato de pensar como no saturarlos de actividades y seguirlos convenciendo para hacer las siguientes que les

solicitaré. No quisiera que mis clases entraran en la dinámica de considerar parámetros rígidos de productividad académica, pero lo cierto, es que también entran en juego los nuevos retos que tendremos en el ejercicio de nuestra profesión para generar ciudades y regiones más seguras, con un transporte público más digno, con mejor conectividad y movilidad, con menor hacinamiento y con mejores servicios para sus habitantes.

Y es que ante la Jornada Nacional de Sana Distancia, surgen tantas dudas. Después del confinamiento ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para abrazarnos? ¿Los niños volverán a estar en nuestras calles? Bueno, antes del encierro, no es que tuvieran mucha presencia y eso sí era una desgracia ¿Los lunes continuarán siendo un martirio para la mayoría de la clase trabajadora? ¿En las fiestas, los bares y los parques, seguiremos más atentos a las pantallas de nuestros celulares que a las personas que nos acompañan? ¿Hasta cuándo volveremos a ver un estadio de fútbol lleno o acudir a un concierto?

Me he propuesto que cuando todo esto acabe, me inventaré un recital, escucharé a todo volumen “Humanidad”, “La banda borracha” y “Tiburón a la vista” de Mike Laure y sus Cometas, lo cual servirá para encender mi memoria y recordar que una pandemia es como el cuerpo celeste que da nombre a esa agrupación: algo que vemos pasar desde nuestras azoteas, solamente de vez en cuando.

Jonathan Montero Oropeza

León, Guanajuato, 29 de abril de 2020